

**E**L hombre es un animal descontento. Su existencia es una toma de conciencia permanente de sus limitaciones en los más diversos aspectos. Ortega decía que la esencia del hombre era la soledad. Para Zubiri la inquietud. El pensamiento existencialista cifraba el sentimiento más directo para tomarle el pulso a la vida en distintos estados: para Unamuno, el sentimiento trágico y el afán de y la sed de ser más; para Heidegger y Kierkegaard: la angustia; en las ideas sartrianas, la náusea; en Gabriel Marcel hay que destacar la trascendencia. Pero la peripecia de cada día es una batalla campal con uno mismo por no abandonarse y dejar las ilusiones juveniles de lado, ante los muchos avatares por los que hay que pasar. La costumbre de vencerse y de no ceder terreno en los retos personales. Porque todo lo humano es deficitario, indigente, apurado, siempre a vueltas con sus obstáculos y restricciones. Esto podemos llevarlo muy especialmente a la afectividad.

Hoy asistimos a una de las nuevas epidemias modernas que cierran este final de siglo: las rupturas de pareja. El espectáculo es importante. A diario vemos y escuchamos gente que más o menos conocemos que se ha separado. ¿Qué está ocurriendo?, ¿qué teclas andan sueltas para que esto sea tan difícil mantenerlo? Uno de los indicadores de la madurez psicológica es la serena toma de conciencia de las dificultades de la vida. Pero aquí me refiero a una cuestión de base, elemental, que vertebra la vida colectiva de una sociedad. Hay dos visiones de la realidad, que son opuestas y a la vez, complementarias. La actitud «romántica» y la «clásica». El hombre romántico es aquel que describe la corriente de un río desde dentro. Hay un contacto directo, siente la frialdad del agua que refresca sus pies. La reseña que hace ese hombre es viva, directa, el hombre mismo es parte del río, es uno más de sus contenidos mientras está en medio del torrente. Esta es la forma de ver la vida que tiene el romántico.

## CORAZÓN Y CABEZA

Por Enrique ROJAS

zoni y Leopardi como máximos exponentes; en este país se acompañó de un gran fervor

hace que la observación del río sea más objetiva, más fría y desapasionada. Aquí se gana

describe la corriente de un río desde fuera. Hay una cierta distancia entre el sujeto y aquello que se pretende estudiar. Esa distancia hace que la observación del río sea más objetiva, más fría y desapasionada. Aquí se gana

**E**L hombre es un animal descontento. Su existencia es una toma de conciencia permanente de sus limitaciones en los más diversos aspectos. Ortega decía que la esencia del hombre era la soledad. Para Zubiri, la inquietud. El pensamiento existencialista cifraba el sentimiento más directo para tomarle el pulso a la vida en distintos estados: para Unamuno, el sentimiento trágico y el afán de y la sed de ser más; para Heidegger y Kierkegaard: la angustia; en las ideas sartrianas, la náusea; en Gabriel Marcel hay que destacar la trascendencia. Pero la peripecia de cada día es una batalla campal con uno mismo por no abandonarse y dejar las ilusiones juveniles de lado, ante los muchos avatares por los que hay que pasar. La costumbre de vencerse y de no ceder terreno en los retos personales. Porque todo lo humano es deficitario, indigente, apurado, siempre a vueltas con sus obstáculos y restricciones. Esto podemos llevarlo muy especialmente a la afectividad.

Hoy asistimos a una de las nuevas epidemias modernas que cierran este final de siglo: las rupturas de pareja. El espectáculo es importante. A diario vemos y escuchamos gente que más o menos conocemos que se ha separado. ¿Qué está ocurriendo?, ¿qué teclas andan sueltas para que esto sea tan difícil mantenerlo? Uno de los indicadores de la madurez psicológica es la serena toma de conciencia de las dificultades de la vida. Pero aquí me refiero a una cuestión de base, elemental, que vertebra la vida colectiva de una sociedad. Hay dos visiones de la realidad, que son opuestas y a la vez, complementarias. La actitud «romántica» y la «clásica». El hombre romántico es aquel que describe la corriente de un río desde dentro. Hay un contacto directo, siente la frialdad del agua que refresca sus pies. La reseña que hace ese hombre es viva, directa, el hombre mismo es parte del río, es uno más de sus contenidos mientras está en medio del torrente. Esta es la forma de ver la vida que tiene el romántico.

## CORAZÓN Y CABEZA

Por Enrique ROJAS

zoni y Leopardi como máximos exponentes; en este país se acompañó de un gran fervor patriótico en pro de la unidad y de la libertad de la patria. El pesimismo desesperado de Leopardi influyó mucho en la generación de su tiempo. Inglaterra tiene luz propia con Lord Byron, hombre aventurero y escandaloso, que destaca enormemente en medio de la mediocridad inglesa: es el prototipo de poeta romántico: vida caótica, apasionada, surcada por el desorden, pero con una fina pluma. Es el más escandaloso, excéntrico, luminoso y terrible de esta generación. En Alemania: Hoffman, Hölderling y el músico excepcional Wagner. «El hombre romántico se baña de sentimiento», lo que quiere decir que va a enarbolar las banderas de la libertad, del nacionalismo y de «los estados de ánimo próximos a la tristeza y al desaliento». Se da en él como una especial facilidad para sentir los sentimientos de forma desmesurada: ama hasta los límites de sus propias fuerzas y experimenta la soledad y el sufrimiento hasta los bordes máximos... es el «ansia de infinito» que desea vivirse hasta verse desbordados y próximos al suicidio, como ocurrió con el «Werther» de Goethe. En España lucen los nombres de José Zorrilla con su célebre «Don Juan», además de Espronceda, Bécquer, Rosalía de Castro y Mariano José de Larra, que terminaría suicidándose... Este triunfó gracias a los españoles que volvieron de la guerra de la Independencia y al gobierno absolutista de Fernando VII, que traían consigo las nuevas ideas literarias y filosóficas que imperaban en Francia e Inglaterra. Los dramas de Zorrilla representan la forma más lúcida del romanticismo español

hace que la observación del río sea más objetiva, más fría y desapasionada. Aquí se gana en imparcialidad pero se pierde en cuanto al calor de la vivencia. «El hombre clásico busca la armonía entre la forma y el contenido, entre lo exterior y lo interior».

Para el arte clásico la forma ideal de expresión es la figura humana, mientras que en el arte romántico la belleza es siempre interior, subjetiva, íntima, temperamental, hecha de vivencias grandiosas y dramáticas, de contrastes extremistas que persiguen reconciliarse. «Lo clásico se acerca a lo apolíneo y lo romántico se entronca con lo dionisiaco». Lo apolíneo cultiva la medida, el equilibrio, la serenidad, la armonía. Lo dionisiaco pretende la vida sin límites, exaltando los estados interiores para alcanzar los últimos recovecos del ser humano, en un entusiasmo rotundo por vivir y experimentar, por conocer y ahondar, sea como sea, cueste lo que cueste; estaría sim-



Enrique Rojas  
catedrático

bolizado por el desafío y la rebelión contra lo establecido, en una especie de protesta universal y genérica. «La persona romántica tiende más a lo último y lo nuevo, lo que está recién llegado. El clásico va más a lo de siempre, a lo que ya es conocido, a lo menos novedoso». Ambos tienen su parte positiva. Mientras el romántico oscila entre el vaivén de la moda y de lo efímero, el clásico gira en torno a lo tradicional y permanente. Frente a la idolatría del presente y al ser autodidacta, se opone la concepción centrada en el pasado y en el presente, apoyada por la figura del maestro como ejemplo vivo y modelo a seguir.

Lo importante en la vida es contemplar la